

EL DESASTRE MILITAR DE WEYLER

Por Juan Luis Martín

Policia, julio 1943.

En estos tiempos, cuando tantas naciones luchan por su libertad, hay que recordar la gesta grandiosa de nuestra Patria para obtener su independencia y ganar la libertad. El dolor de la guerra, el sacrificio realizado por las generaciones de la emancipación, no puede ser comparado, por su grandeza, con ningún acontecimiento de la historia. Los datos numéricos que contiene este interesantísimo artículo de Juan Luis Martín demuestran los gravísimos errores políticos cometidos por Weyler y son, con el rigor de la estadística, un cuadro exacto de la gran tragedia cubana por alcanzar la democracia, en tiempos de la colonia.

Policia Jul 1943.

El general Valeriano Weyler recibió en La Habana, el 20 de Agosto de 1896, un cablegrama de Madrid, suscrito por el general Azcárraga, ministro de la guerra, que decía: «Vapor "Montevideo" lleva primer envío de los 40,000 hombres».

El mensaje estaba redactado en una forma sensacional, pues se evitaba decir el número de los componentes de la expedición del "Montevideo", con objeto de insistir en manejar esa cifra: «Cuarenta mil hombres».

La agitación noticiosa continuó durante muchos días. El general Azcárraga, por la extraordinaria proeza de enviar a Cuba un ejército de 40,000 hombres, fué considerado por algunos como persona indicada para relevar al señor Cánovas del Castillo, en la presidencia del Consejo de Ministros, Azcárraga era, desde luego, protector de Weyler, protector incondicional y también se le consideraba partidario de una acción más enérgica hacia los Estados Unidos.

Pronto, la fama de Azcárraga se construyó con timbres que para los modos de aquella época, en que tanto se manejaba el tema heroico, eran gloriosos, el mayor prestigio del ministro con la frase: «40 batallones en 23 barcos y 23 días». Tal era la fuerza con que Weyler contaba para imponer una resolución a la guerra de Cuba. La frase «cuarenta batallones» pasó al lenguaje corriente de las ciudades cubanas, en donde los irrespetuosos no titubeaban en hacer burlas, de las esperanzas que se habían

erigido sobre tales fuerzas. Ibase más lejos todavía que sustentar la esperanza de que con las expediciones del ministro de la guerra se acabaría la lucha en Cuba; esa menguada mentalidad, hecha a la propaganda, movida por la prensa más irresponsable e incompetente que haya tenido jamás algún pueblo, tratando de restar justicia a la causa de la libertad de Cuba, atribuía a intrigas y envidias de los Estados Unidos las condiciones de la colonia y no reparaban en declarar que si los norteamericanos adoptasen de verdad una resolución en el problema, en Cuba se gozaría de octaviana paz. No atinaban a comprender que si la Revolución no tomaba un incremento decisivo, arrollador, se debía precisamente a que no hallaba en los Estados Unidos todo el calor que se necesitaba para imponer el triunfo. La política de «la guerra por la guerra», mantenida arduosamente por Cánovas, Azcárraga y Weyler, con el sostén de esa opinión, llevaba a trastornos internacionales que no querían ver; y lo inadecuado de sus procedimientos, la impotencia de sus métodos, cuando no la mala fe, quedaban fuera del alcance de su examen. Estaban contra las reformas, en favor de la ruina total de una colonia que ellos mismos explotaban; a las consecuencias de sus injusticias, llamaron «rebeldión de negros»; sus fracasos los atribuían a la «perfidia yankee» y no cesaban de pasar de una provocación a la otra. «Los 40,000 hombres en 23 días» fué hecho que tomaron como demostración de pujanza, no tan sólo para acabar con la revolución cubana, sino también para provocar a la Unión Norteamericana. Un momento hubo en que los periódicos de Madrid publicaron, a coro con cierta prensa de La Habana, que no importaría que se tuviesen que disminuir las fuerzas de Cuba, a fin... de enviar un ejército de invasión a los Estados Unidos.

Su propaganda sobre la naturaleza del conflicto la llevaron a tal candencia, que lograron obtener una declaración de León XIII (dada en 1898), diciendo que «el triunfo de España en Cuba es el triunfo de la civilización cristiana». Esto era consecuencia de las anteriores descripciones del jefe de gobierno, para quien en Cuba sólo había una insurrección del instinto salvaje (declaraciones del 18 de noviembre de 1896). El establecer tales inculpaciones al adversario contenía la justificación de la política de «la guerra por la guerra», y, por añadidura, permitía hacer creer que la lucha no sería duradera y que el adversario sería sofocado (Pasa a la pág. 48)

con un esfuerzo intenso, de incansable acción militar. El plan de operaciones preparado por Weyler, que exigía formidables contingentes, se proponía desmembrar la insurrección, separando a los núcleos principales. Weyler creyó tener encerrado a Maceo en la provincia de Pinar del Río, y por esta causa, le concedió a él toda la importancia, todo el elogio, porque suponiendo que era quien más seguro estaba en sus manos, no tardaría en vencerlo y ganar así los más altos prestigios, proclamando la pacificación de la Isla. Sus aparatosas salidas en el «Legazpi», para el Mariel, acreditaban las ambiciones militares del Capitán General, a quien, Maceo muerto, el mismo día de su muerte, estuvo a punto de ganarle una batalla... en Madrid.

Las fuerzas cubanas, contra lo que se apreciaba en los centros militares españoles, tenían un aliado positivo en el «stegomya». De haber los gobernantes apreciados en toda su significación el descubrimiento de Finlay, la dominación española habría contado con 30,000 combatientes más, para arrojarlos en persecución de las fuerzas revolucionarias. En Pinar del Río, Maceo escogió el terreno que era más azotado por la fiebre amarilla precisamente, entre la Sierra de los Organos y Bahía Honda. Las bajas invisibles que los insurrectos causaban al Capitán General, en las operaciones de esos distritos, fueron quizá uno de los motivos que permitieron prolongar la lucha en esas regiones imposibles, verdadero bastión de la libertad cubana. Forzar a Weyler a combatir allí, con acumulación de grandes recursos, era ya, por las consecuencias sanitarias, un hecho estratégico de la mayor importancia. Según la «Revue Scientifique», de París, (Octubre 16 de 1897), las bajas españolas en la guerra de Cuba, ascendían al 521 por mil, distribuidas así:

Muertos en campaña	10.7	(por mil)
Fiebre amarilla	66.00	
Otras enfermedades	201.3	
Enfermos evacuados a España.	143.00	
Bajas quedados en Cuba.....	100.00	

Oficialmente se reconoció en el ministerio de la Guerra que habían muerto de la terrible enfermedad, 319 oficiales y 13,000 soldados; de otras enfermedades, 127 oficiales y 40,000 soldados, hasta fines de 1897. Se admitía que en operaciones de Cuba habían tenido: un general muerto y tres heridos, que causaron baja. También entre los muertos se contaban 13 oficiales superiores y 108 subalternos, además de 2,018 muertos y 8,627 heridos entre la tropa.

La reconcentración, dispuesta gradualmente por Weyler, hizo aumentar el número de bajas por enfermedad en todas las guarniciones, debido a las condiciones sanitarias de las trincheras y zanjas de fortificaciones que ponían junto a los poblados. Contribuyó no poco a estas condiciones generales de salubridad el que el mismo Capitán General dispusiera que las tropas acampasen en los mismos teatros de la lucha, con el fin de hacer más continuada la batida. Pero acampaban... sin raciones apenas.

Llegó a ser tan obvio el conocimiento de los peligros que aguardaban a las tropas mal aclimatadas en el terreno, que cuando alguna fuerza libertadora se batía duramente con las columnas, al anochecer, los jefes revolucionarios decían: «¡Basta, muchachos! No gasten más balas. Dejen que acampen y coman nuestras frutas. Las enfermedades acabarán con ellos». El paludismo, la disentería y las viruelas, eran, sin duda, «cabecillas» de las fuerzas libertadoras.

Para fines de 1897, los contingentes tan pomposamente enviados a Cuba por el general Azcárraga quedaban tragados por la manigua cubana. Según los datos oficiales, publicados en Madrid, desde el mes de noviembre de 1895 hasta mayo de 1896, se habían enviado a Cuba 40 generales, 6,261 oficiales y 181,738 soldados. En otras palabras, España

había enviado a la Isla contingentes militares hasta un total superior al 10% de la población de Cuba, y, por tanto, superior a la capacidad de movilización del país. A estas fuerzas había que agregar los tres tercios de guerrilleros y los batallones de voluntarios.

La lista de bajas, publicadas el 31 de diciembre de 1896, hacía un total de 16,007 hombres, además de 52 civiles servidores de España, muertos en acciones que se reputaban de guerra. No se contaban en esta estadística las bajas de voluntarios y guerrilleros.

La distribución de tales bajas era la siguiente:

Generales	4
Jefes	66
Oficiales	483
Soldados	15,454

Hasta esa fecha, el ejército costaba \$9,000,000 por semestre, sin contar \$6,000,000 mensuales que costaba el mantenimiento de esa fuerza tan formidable, que, sin duda, no podía sostener la economía insular.

Frente a esa cifra, por esa misma época, los periódicos de Madrid, haciendo cálculos sobre los partes oficiales, decían que la insurrección había experimentado 15,795 bajas, cifra reconocida por el ministerio de la guerra como casi exacta, aunque se hacía la salvedad de que las bajas españolas en acción de guerra eran inferiores. La distribución de las bajas cubanas, según tales informes, era la siguiente:

Cabecillas muertos	210
Cabecillas heridos	41
Individuos muertos	12,076
Individuos heridos	3,468

Por la política que se seguía por la Capitanía General de La Habana, se puede asegurar que el número de las bajas españolas era superior y que el de las que se atribuían a la insurrección era inferior.

Dos meses antes de la muerte de Maceo, el co-

rrresponsal de «El Imparcial», Domingo, informaba a Madrid que habían llegado a La Habana procedentes de Pinar del Río, 2,225 soldados enfermos. En la capital colonial ya habían 12,000, a los que había que añadir 1,500 en San Antonio de los Baños y otros 1,000 en Santiago de las Vegas. Weyler, en aquellos momentos, poco después de las acciones de las lomas del Rubí, no podía, sin embargo, prometer la inminente pacificación de Pinar del Río, que, según él, no se obtendría sino para fines de año, como se lo dijera a Luis Morote.

La opinión pública española comenzó a alarmarse extraordinariamente por el sesgo que tomaban los acontecimientos. Después de tantos sacrificios, no podía presentarse ni siquiera la esperanza de que la guerra estuviese próxima a terminarse. El Capitán General anunciaba para dentro de unos cuantos meses la terminación de la campaña de Pinar del Río... después quedaría La Habana; después Matanzas; posteriormente, Las Villas; y, más tarde, luego de mejorar la trocha, Santiago de Cuba, en donde él esperaba operar en la región del Cauto, que decía conocer. En algunos grupos se había dicho que esta campaña llevaría dos años más y que Weyler se proponía dar caza a Máximo Gómez, batirse con él, hacerlo prisionero y ganar la Cruz Laureada de San Fernando. Mas, dos años era mucho tiempo.

Se insinuaron protestas en España. Los partidarios de Silvela, que habían producido un cisma en las filas de Cánovas; los adictos de Sagasta, demandando el relevo del general, bajo el dictamen de que

EL PATRIMONIO DOCUMENTAL DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

había fracasado. Cánovas declaró entonces a «El Día», de Madrid, que no tenían con quien reemplazar a Weyler. Alguien había pensado en el general Azcárraga, pero éste quedaba en reserva para reemplazar a D. Antonio, con un gobierno autoritario. En realidad, Weyler era insustituible: el partido españolista de Cuba no aceptaba a más nadie.

El regreso de Weyler a La Habana, llevado a la capital, según él había dicho, por los problemas económicos, insinuando que acaso faltarían pertrechos, sin haber logrado una victoria decisiva sobre Maceo, preocupaba tanto por los hechos en sí, como por lo que en ese suceso había probatorio de que las noticias optimistas del general eran falsas.

«El Día» había recogido así las manifestaciones verbales de Cánovas:

«El jefe de gobierno ha estado explícito en sus manifestaciones, afirmando que el gabinete acepta toda la responsabilidad de los actos del general Weyler, quien ha conseguido ventajas positivas y que adelantó algunos días su salida contra el dictamen de Arolas y otros generales, para calmar impacencias. Dijo también que siempre había supuesto que el general haría viajes a La Habana, pues su puesto no es siempre mandar una columna y —hasta para dar fuerza a sus argumentos— ha hecho elogios de la iniciativa del general Weyler en Mindanoc, comenzando aquella campaña, cuando estuvo en las Filipinas.

«No relevará a Weyler sino en el instante de un fracaso, y entiende que en ocho meses ha adelanta-

do mucho; pues antes de ir, desde La Habana se veían los incendios ocasionados por los rebeldes, y ahora apenas quedan algunos grupos en esa provincia, que son perseguidos por la caballería.

«El señor Cánovas ha dicho, y esta afirmación hay que tenerla en cuenta, que fuera del general Azcárraga, cuyo nombre ha visto indicado en la prensa, no hay nadie a quien pueda enviar a Cuba, y que no ha hablado del asunto con el ministro de la guerra, porque hacerlo supondría alguna desconfianza suya en el general Weyler, que mermara el prestigio del hoy capitán general de Cuba».

Entre las palabras de Cánovas, que daba virtualmente por pacificada la provincia de La Habana, y todo reducido a destruir a Maceo, cuyo nombre contenía todo un plan político, y las de Weyler, había abierta contradicción; pero estaban destinadas precisamente a calmar los ánimos, inquietos por el número siempre ascendente de bajas.

Gonzalo de Reparaz, de quien no se podían tener dudas, porque había sido uno de los que habían abogado por el género de guerra que Weyler hacía, con un artículo publicado en el «Heraldo de Madrid», por el que fué arrestado y amenazado de ser sometido a procedimiento militar, había revelado las condiciones del ejército que España tenía en Cuba y como los que más ahincadamente defendían a Weyler lo hacían por interés pecuniario, por la tolerancia que se permitían sus abusos. Hablando de los soldados españoles: —«¿Sabe usted qué tienen? Extenuación y paludismo,

efecto del agotamiento por hambre y cansancio. El soldado padece hambre, mucha hambre, y fatigas sin cuento... y sin sustancia. Ayer me decía uno que se había pasado cinco días con una galleta. No se hace más que un rancho con carne palpitante cuando la hay, y de esta carne se le hace guardar a cada soldado un tajado para todo el día siguiente hasta la tarde».

Se extendía en otras reflexiones similares y decía, refiriéndose a las condiciones existentes en La Habana:

«En el fondo de esta inmundicia bahía y en almancen lóbregos y sin ventanas, o en colgadizos expuestos al sol y al aire húmedo, y aún a la lluvia, se hacinan miles de hombres con o sin sábanas ni mantas. Poco a poco van llegando éstos, luego se hace la botica, luego la comida. ¿Y entre tanto? De allá, de otro hospital, les envían el alimento, y un día falta comida para cuatrocientos. Se manda a preparar sopa con huevo... y luego a las cuatro de la tarde. Al día siguiente, faltan doscientas raciones. Entretanto cada día que pasa el estado paga miles de estancias de hospital a duro diario. ¡Esto sí que es ración buena y saneada! En los almacenes de Regla, Santa Catalina y Hacendados se albergan unos seis mil enfermos. La mayor parte no llevan documento alguno ni los acompaña nadie, de modo que varios de ellos que allí pierden la vida, pierden también el estado civil. Se ha enterrado a muchos sin identificar y éste es el colmo del morir».

Estos hechos, sin embargo, se registraban después de la muerte de Maceo, cuando los ánimos estaban paralizados en todo juicio, porque las operaciones militares continuaban y el fracaso de Weyler era evidente. El desastre sufrido por el general Vara del Rey en Bueycito, probaba que las operaciones distaban mucho de terminar. Las censuras a la sanidad militar, al mando, a la política que Cánovas hacía, señalaban una tormenta.

Hasta el periódico «El Día», que se mostraba bastante objetivo en sus comentarios sobre los actos del gobierno, había dicho también, bajo el título de «Delitos contra el ejército»:

«Ayer recogimos graves rumores referentes a la deficiente alimentación del soldado en Cuba.

«Hoy tenemos que consignar más graves rumores, acerca del calzado y vestuario destinado a los valientes de aquel sufrido ejército.

«La prensa de La Habana comienza a formular censuras muy ásperas.

«No concreta aún los hechos, pero los señala.

«El periódico "El Ejército" dice que hay contrastista que sustituye con imitaciones el buen material exigido para el vestuario.

«La prenda que debía durar tres meses, sólo dura uno.

«Así el soldado gasta tres veces más lo que con una sola bastaría.

«No hay que añadir, que al dar la noticia. «El Ejército», declara que «le da vergüenza el hacerlo» y que con todo el rigor la ley debe caer sobre los culpables».

«El Imparcial» pidió el relevo de Weyler y el castigo de los jefes de intendencia y sanidad. Decía:

«Acaso se diga que al solicitar nosotros como primera e inmediata determinación el relevo del general Weyler y de los jefes de administración y sanidad militar, procedemos con poca justificación.

«Es causa suficiente del cambio que pedimos, haber demostrado incapacidad para impedir tan inicuos saqueos.

POR LA ESCUELA CUBANA EN CUBA LIBRE

«A más de estos relevos deben enviarse a Cuba jueces cuya pericia y honradez sean proverbiales, para que instruyan una sumaria de verdad; y si los que han comerciado con vidas españolas no han conseguido borrar los elementos probatorios; si puede acreditarse quienes son los culpables, ¡ah! entonces no hay que hablar de relevos, sino de fusilamientos, por anchos que fueren los galones que hubieran de atravesar las balas del piquete encargado de la ejecución».

Si tales negocios se hacían con el miserable rancho del soldado español ¿qué no se haría en los poblados con las raciones de los reconcentrados? Si tal era la situación sanitaria de los enfermos españoles, de los combatientes, para quienes ellos tenían los mejores elogios ¿cuál no sería el estado de la población en general, de los campesinos?



Valeriano Weyler, quiso hacer «la guerra por la guerra». En toda la historia de América no hay páginas de mayor dolor que las que narran el mando del Marqués de Tenerife en Cuba. España mandó a Cuba 200,000 hombres y 40 generales, la mayor expedición militar que jamás haya cruzado el Atlántico, para sofocar la aspiración a la libertad y la democracia de una nación de 1.500,000 habitantes.



Antonio Cánovas del Castillo, jefe de gobierno de España, protector resuelto de la política del General Valeriano Weyler. Dijo una vez que él gastaría en Cuba «el último hombre y la última peseta». En efecto, los tres años de guerra costaron a España \$400.000.000 y más de 100,000 bajas. El pueblo de Cuba experimentó 700,000 muertos, contando con los que produjo la reconcentración y perdió mil millones de pesos en riquezas, pero conquistó la libertad. El dibujo inferior muestra uno de los fortines de Remedios.

Patricia, dia 1943

TRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA